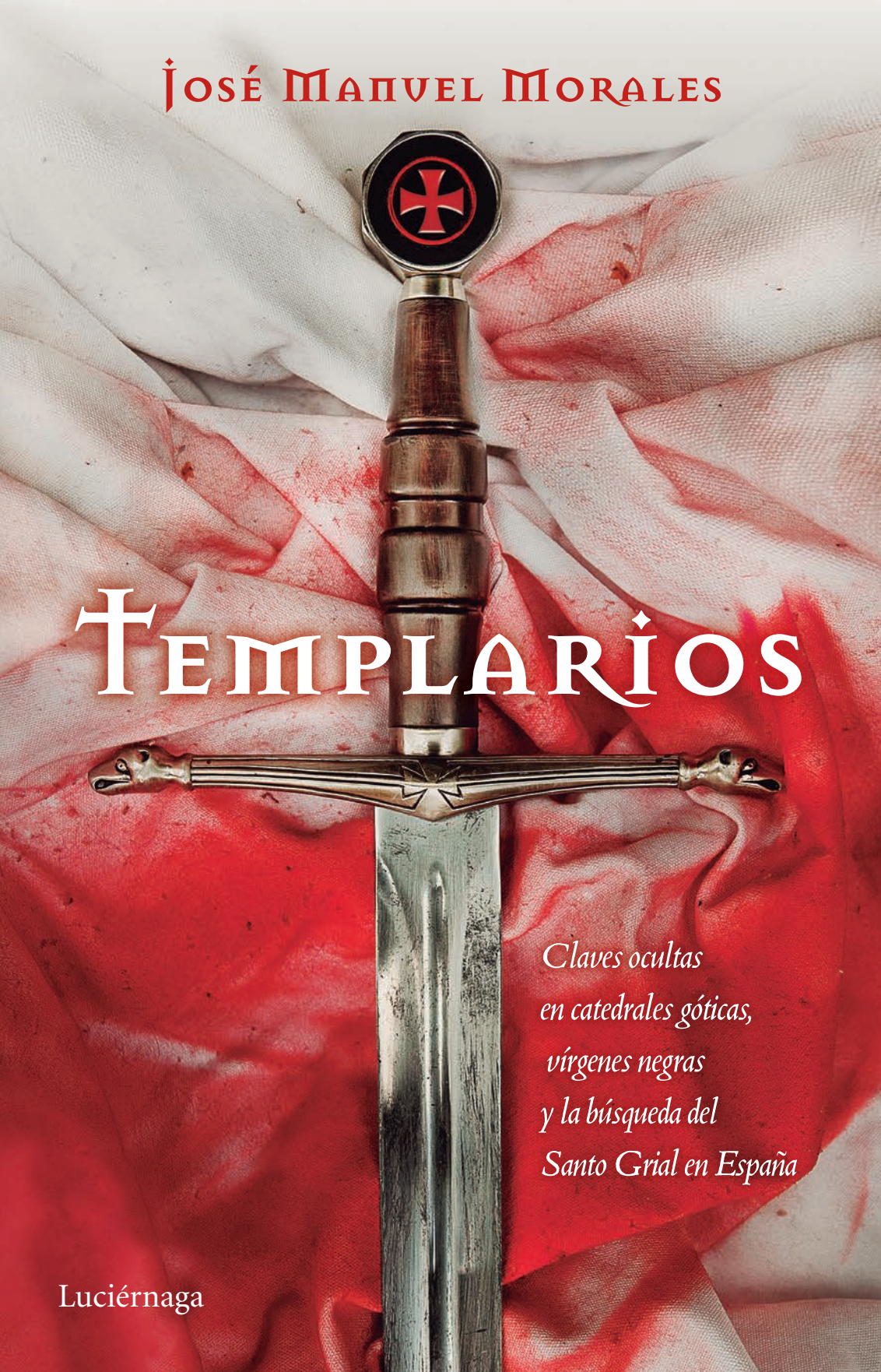
José Manuel Morales



Templarios

Claves ocultas en catedrales góticas, vírgenes negras y la búsqueda del Santo Grial en España

Luciérnaga

José Manuel Morales

Templarios

Claves ocultas en catedrales góticas, vírgenes negras y la búsqueda del Santo Grial en España

Ediciones Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: José Manuel Morales, 2017
© de las imágenes: José Manuel Morales, excepto en las que se indica otra autoría

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del *copyright* de cada foto, y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregiría en futuras ediciones de este libro.

Primera edición: junio de 2017

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2017
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16694-67-9
Depósito legal: B. 11.483-2017

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Prólogo de Jesús Callejo 9
Introducción 15

1. El crepitar de la hoguera 17
2. El medallón de Notre-Dame 21
3. Breve historia de la Orden del Temple 39
4. Así vivía un templario 63
5. Rituales secretos 69
6. Los buscadores del arca perdida 81
7. El misterio de las catedrales góticas 93
8. El enigma de las vírgenes negras 111
9. Cátaros, la gran herejía 121
10. Las sombras de Rennes-le-Château 139
11. La búsqueda del Santo Grial 169
12. Templarios en España 177
13. Secretos de las vírgenes negras ibéricas 185
14. La copa de la Última Cena 199
15. Enclaves templarios en nuestro país 205
16. Símbolos ocultos en catedrales españolas 217
17. El cáliz de doña Urraca 229
18. Aquí está el Santo Grial 239

Epílogo 253
Agradecimientos 265
Bibliografía 267

1

EL CREPITAR DE LA HOGUERA

París, 18 de marzo de 1314

Las campanas de Notre-Dame doblan lentamente a muerto. Un cielo cargado de nubes avanza hacia la isla de la Cité y amenaza con sumirla en tinieblas. Bajo el firmamento, una muchedumbre se agolpa expectante a ambas orillas del río Sena.

De repente, el murmullo se acrecienta. A lo lejos acaba de aparecer un cortejo encabezado por varios sargentos a caballo, seguidos por un gran número de soldados a pie que escoltan una carreta de madera. En su interior se aprecian con dificultad las siluetas de dos hombres inmovilizados. Por detrás de los arqueros, otro pelotón de soldados cierra la marcha.

Al alcanzar la orilla del río, bajan a los condenados y los trasladan en barca hasta el islote conocido como la «isla de los judíos», donde sus verdugos esperan junto a dos piras preparadas frente a la catedral de Notre-Dame. Los reos no se resisten, pero el mayor de ellos —de ochenta y un años— ruega con un hilo de voz que al menos le aten las dos manos juntas, para así poder rezar mientras el fuego consume su cuerpo. Se llama Jacques de Molay y es el gran maestre de la Orden del Temple. Junto a él otro templario, Godofredo de Charnay, se quita sus ropajes ensangrentados sin rechistar.

Sus verdugos los sujetan con largas cadenas a dos sólidas vigas de encina. A su alrededor amontonan leña sólo hasta las rodillas, porque han recibido orden de no excederse en las cantidades para alargar el martirio cuanto sea posible. De hecho, el rey ha sido muy preciso: deben morir «a fuego lento».

Tras dirigir una última mirada hacia el palacio de la Cité, donde su monarca observa la dantesca escena desde una pequeña ventana, el preboste de palacio se gira y hace una señal. Mientras un jinete toca la trompeta, dos verdugos prenden algunos leños previamente untados con aceite. La hoguera se enciende rápidamente y el clamor popular estalla.

En cuestión de segundos, la nube de humo se eleva hasta los cielos de París, para ensombrecer aún más la hora de la infamia. Un fuerte olor comienza a extenderse poco a poco por toda la «isla de los judíos».

De repente, la multitud enmudece. Para asombro de todos, la voz del gran maestre truena sobre el crepitar de la hoguera, y mientras las llamas comienzan a trepar por sus piernas, lanza una inesperada profecía:

—Dios sabe quién se equivoca y ha pecado, y la desgracia se abatirá pronto sobre los que nos han condenado sin razón. ¡Dios vengará nuestra muerte! Clemente, y tú también, Felipe, traidores de la palabra dada, ¡os emplazo a los dos ante el Tribunal de Dios! A ti, Clemente, antes de cuarenta días, y a ti, Felipe, dentro de este año.

Jacques de Molay está apuntando directamente a los responsables de su muerte y del exterminio de la orden. Felipe el Hermoso es el rey que los ha enviado a la hoguera, y Clemente V, el papa que ha consentido la ejecución.

La pira gana altura; el pueblo contiene la respiración. Las dos siluetas se retuercen de dolor bajo altas lenguas de fuego en medio de un silencio sepulcral. El preboste se vuelve de nuevo hacia el palacio, pero el monarca ya no está en la ventana. Se acaba de esconder ante las previsibles revueltas. Mientras, los templarios se convierten en amorfas masas calcinadas y la nube de humo negro se hace visible a kilómetros.

Horas después, cuando las llamas se han extinguido, el pueblo se abalanza sobre los restos carbonizados, desbordando a los guardias del rey. Con lágrimas en los ojos, la gente pugna por recoger las cenizas de sus mártires.

La suerte de los templarios está echada. Pero la de sus verdugos también: la cuenta atrás ha comenzado.

Justo treinta y tres días después, el 20 de abril, el papa fallece en Roquemaure a causa de una extraña enfermedad, ante la que nada pueden hacer sus médicos, tan sólo recoger en los informes que Clemente V ha muerto «a merced de unos horribles sufrimientos», presa de «un dolor insufrible que le mordía el vientre».

En noviembre de ese mismo año, Felipe el Hermoso, experimentado cazador, se choca de forma inexplicable contra unos ramajes, en el transcurso de una cacería, y se golpea la cabeza al caer del caballo. Semanas después perece en la soledad de su palacio entre terribles padecimientos.

Han pasado sólo ocho meses, y la profecía de Jacques de Molay, el último templario, se ha cumplido.

2

EL MEDALLÓN DE NOTRE-DAME

Abril de 2016

De todas las figuras que abarrotan este inmenso lienzo de piedra, mis ojos han ido a clavarse justamente sobre esa enigmática mujer: el bajorrelieve de una dama que, con gesto severo, parece juzgar desde su trono a los cientos de turistas que deambulamos en este momento por la plaza de Juan Pablo II. Enmarcada en un medallón de unos cincuenta centímetros de diámetro, situado en el pilar central de la fachada occidental de la catedral de Notre-Dame de París, en la mano izquierda lleva un cetro, mientras con la derecha sujeta dos libros: uno abierto y otro cerrado. Su frente toca las nubes y sus pies se apoyan sobre el suelo. Entre sus rodillas pasa una escalera que reposa sobre su pecho.

No sé por qué me ha llamado la atención precisamente esta discreta efigie, que no destaca demasiado en comparación con las escenas realmente sobrecogedoras que se pueden observar tan sólo unos metros más arriba. Es más, ni siquiera sé por qué he regresado a un lugar del que ya he tomado recursos suficientes.

Julia —mi mujer— y yo llegamos a París hace un par de días. Estoy grabando la tercera temporada del programa que presento en la televisión local de Córdoba, y mi afán por sorprender a la audiencia me ha traído a cruzar la frontera para grabar un reportaje sobre los secretos de la capital gala.

Con este objetivo, ayer recorrimos sus calles en busca de una serie de símbolos masónicos que, pese a encontrarse a la vista de miles de visitantes, pasan totalmente inadvertidos. A continua-

ción hicimos lo propio con las reminiscencias egipcias, que no son pocas en la Ciudad de la Luz, para completar la mañana descubriendo la simbología oculta de la torre Eiffel. Por la tarde nos atrevimos a cruzar el umbral del «Reino de la Muerte», como anunciaba el cartel situado a la entrada de las célebres Catacumbas. Unas cuevas oscuras y laberínticas donde descansan los restos de más de seis millones de parisinos. Adentrarse por esos angostos pasillos cubiertos de fémures y cráneos es una experiencia capaz de turbar incluso al alma más serena. Más aún sabiendo que, en el siglo pasado, fueron el escenario escogido por brujos y sacerdotisas para celebrar siniestros rituales.



El autor, en las lúgubres Catacumbas de París.

Esta mañana hemos madrugado para grabar la luz del amanecer sobre Notre-Dame, la muestra de arte gótico más conocida de toda Francia. Tras filmar su imponente fachada, ascendimos al cielo parisino para contemplar de cerca los monstruos rocosos más famosos del mundo. Fascinado y con cierta inquietud, caminé por la galería de las gárgolas durante unos minutos, siempre bajo la atenta mirada de un enigmático bestiario de piedra que parece estar a punto de cobrar vida en cualquier momento.

Una antigua tradición francesa asegura que en el siglo VI existía en Normandía un dragón llamado Gargouille, descrito como un ser alado con cuello largo, fuertes mandíbulas y un prolongado hocico. Tenía su guarida en una cueva junto al río Sena, de la que salía cada cierto tiempo para sobrevolar la cercana ciudad de Ruan y destruirla con el fuego y el agua que escupía por sus fauces. La única forma de amansar a la bestia era ofrecerle

una vez al año un sacrificio humano, por lo que los habitantes de la pequeña localidad se vieron obligados a entregarle varias doncellas vírgenes.

Hacia el año 600, un sacerdote llamado Romanus se ofreció para acabar con la tiranía del dragón a cambio de que los lugareños se convirtieran al cristianismo. Equipado con los elementos necesarios se adentró en la cueva, y, tras un duro exorcismo, el fiero Gargouille se convirtió en una bestia dócil. Después de atarlo con una simple cuerda, Romanus lo condujo hasta la plaza de la ciudad, donde fue quemado sin piedad en una hoguera pública. Las llamas redujeron su cuerpo a cenizas, a excepción de cuello y boca, que, habituados al paso del fuego, en lugar de consumirse se convirtieron en piedra. Aprovechando esta circunstancia, colocaron dichos restos en el tejado del ayuntamiento para canalizar el agua a modo de desagüe, siendo éste el origen de las legendarias gárgolas que desde el siglo XII comenzaron a aparecer en los altos de iglesias y catedrales.



Stryge, la gárgola más famosa de la catedral de París, custodia la ciudad desde 1850.

Una vez que dejamos atrás a esos seres infernales, surgidos de alguna mente enfermiza, continuamos nuestra ruta hasta divisar a lo lejos las pirámides de cristal que dan acceso al Museo del Louvre. Se murmura en los mentideros de París que este generoso homenaje realizado por François Mitterrand a la tierra de los faraones nació del remordimiento. Según dichos rumores, el presidente de la República mantuvo un romance secreto con la artis-

ta de origen egipcio Dalida. Los años pasaron y Mitterrand, casado y con hijos, nunca reconoció públicamente la relación. En 1987, la diva de la *chanson française* acabó quitándose la vida por amor y, a partir de ese momento, el controvertido presidente no tardó en abarrotar la capital gala de monumentos y símbolos egipcios.

Tras superar los pertinentes controles de seguridad, dentro del Louvre tuve ocasión de apreciar, grabados en la piedra, los primeros conjuros contra el mal de ojo de la humanidad. De pasear entre los legendarios dioses *lammasu*, gigantescos seres surgidos de la mitología asiria con cuerpo de toro, alas de águila y cabeza de hombre. O de sobrecogerme en la sala número seis del ala Richelieu cuando, tras dar la vuelta a una vitrina, me encontré cara a cara con el rey de los demonios del viento. Con la palma de la mano derecha levantada, como el guardián de una civilización olvidada, allí esperaba Pazuzu. No pude evitar que la primera escena de la película *El exorcista* invadiera mi pensamiento, aquella en la que el padre Merrin descubre en unas excavaciones arqueológicas al norte de Irak la desafiante talla de esta deidad ancestral.

También hubo tiempo para el arte pictórico. En nuestro itinerario no han faltado algunos de los lienzos más enigmáticos del museo, como la insigne *Gioconda* de Leonardo da Vinci. Una dama que nunca pierde la sonrisa, pese a ver a diario cómo cientos de visitantes se agolpan frente a ella para tratar de conseguir la mejor fotografía.

Pero si he de quedarme con una sola obra del polifacético genio italiano, ésa sería sin duda *La Virgen de las Rocas*. En esta composición, no exenta de misterio, la Virgen extiende sus brazos sobre dos niños casi idénticos, que comparten el mismo tipo de pelo, los mismos mofletes e incluso similar forma de sonreír. Mientras los dos «gemelos» se miran entre sí en actitud infantil, un ángel sentado a la derecha de la escena clava su mirada en el espectador y extiende su dedo índice para señalar al pequeño de la izquierda. Y para colmo, ninguno de los personajes lleva sobre su cabeza el típico halo de santidad. Un auténtico rompecabezas para los historiadores del arte, que aún no han sido capaces de

explicar qué mensaje pretendía transmitir Leonardo a través de este lienzo.

Después de tomar recursos más que suficientes de todos los lugares visitados y dejar los equipos de grabación en el hotel, he aprovechado que Julia quería comprar regalos a la familia para regresar yo solo a Notre-Dame y disfrutar así de la puesta de sol sobre su majestuosa fachada. Le dije a mi mujer que cuando terminara, podría encontrarme cerca de la puerta donde estoy ahora, contando los peldaños de la escalera que se apoya en el pecho de esa mujer del medallón de piedra.

—Son nueve —oigo decir a mis espaldas.

Extrañado de escuchar en París una frase en español, me giro para ver quién la ha pronunciado. A un par de metros veo a un hombre bajito, mayor, con el pelo canoso y una boina negra sobre la cabeza. Viste un abrigo verde, pantalón gris oscuro y unas botas marrones muy desgastadas.

—¿Perdón? —Aunque me mira fijamente, trato de asegurarme de que se dirige a mí.

—Digo que son nueve los peldaños que tiene la escalera —insiste—. Como los nueve pasos de la alquimia. Los estabas contando, ¿verdad?



La enigmática dama de piedra situada en el pilar central de la fachada occidental de la catedral.

Me quedo atónito. No porque me hable un desconocido, ni porque lo haga en un perfecto castellano. Eso entra dentro de lo

probable. Sino porque ha mencionado un concepto poco conocido para el público general como la alquimia. Tras sus enormes gafas de vista, sus pequeños ojos azules brillan satisfechos por mi cara de sorpresa.

—Ha dicho… ¿alquimia? —pregunto con un pellizco de curiosidad en el estómago.

—¿Acaso no es eso, *mon ami*, lo que estás buscando?

Lo que no se ve

Tras unos segundos de silencio, durante los cuales trato de sopesar qué indicios le han llevado a adivinar mi gusto por los enigmas, se ajusta la boina y prosigue.

—Es muy simple. Los que jugamos a resolver acertijos sabemos reconocer a uno de los nuestros. Me he fijado en cómo miras ese medallón. No lo haces como el resto de turistas que pasan por aquí a diario.

Al escucharle, no puedo reprimir una sonrisa espontánea, pues pienso que está sobrestimando mis conocimientos. Pero él ha debido interpretarlo como un gesto de complicidad, porque parece que se anima a continuar.

—Mira de nuevo a la mujer. Su cabeza está tocando el cielo, mientras que sus pies reposan sobre el suelo: está poniendo en contacto la tierra de los hombres con el reino celestial. En su mano porta un cetro de poder, que representa la autoridad que Dios le ha concedido para realizar algo impensable para el ser humano ordinario. Y la clave está en esos dos libros, uno abierto y otro cerrado. Representan las dos vías del conocimiento: el exotérico y el esotérico.

—¿Exotérico? ¿Esotérico? Suenan casi igual… —le interrumpo.

—¡Pero no lo son! —me corrige con un entusiasmo inusitado—. Dime, amigo, ¿a qué te dedicas?

Suelto aire, meditando una respuesta que tardo un par de segundos en pronunciar.

—Soy escritor —murmuro tímidamente.

—Muy bien —responde en voz baja, recurriendo a un tono más cómplice—. Y como escritor supongo que no pondrás sobre el papel lo primero que se te ocurre, ¿verdad? Antes de contar una historia imagino que elaborarás primero unos bocetos, o utilizarás unas técnicas para captar la atención del lector, etcétera, etcétera.

Asiento como si me hubiera leído el pensamiento.

—Pues bien, ese conjunto de herramientas que los escritores manejáis, de secretos que sólo compartís entre vosotros y que nunca revelaréis a alguien externo al gremio, todo eso conforma vuestro conocimiento esotérico. Mientras que el resultado final del trabajo, el libro publicado, será vuestro conocimiento exotérico. ¿Lo entiendes, hijo? El exoterismo es público y está a disposición de cualquiera; mientras que el esoterismo es secreto y reservado sólo para unos pocos.

—Entonces, el esoterismo está presente en todas las profesiones. —Mi afirmación alumbra su mirada.

—¡Claro que sí! El esoterismo existe desde siempre en todas las actividades y facetas de la vida: un cocinero tiene sus trucos para que sus platos sepan mejor; una dependienta sabe qué palabras usar para conseguir una sonrisa de su cliente; un periodista sabe qué preguntas debe hacer para sacar el máximo partido a su entrevistado..., y los maestros medievales que construyeron las catedrales góticas supieron mejor que nadie cómo camuflar información dentro de sus edificios.

—¿Y cómo se puede ocultar información en un edificio como éste? ¿Acaso se guardan libros prohibidos en su archivo? —pregunto mientras continúo absorto con sus explicaciones.

—En absoluto —me vuelve a corregir con un evidente gesto de picardía en su rostro—. ¿Acaso no sabes, *mon ami*, que la forma más eficaz de guardar un secreto es ponerlo a la vista de todo el mundo?

Ahora sí que me he quedado sin palabras. Aunque por su rostro, parece que eso es precisamente lo que más le divierte.

—Por ejemplo, la escalera que observabas hace un momento. —Con su mano dirige mi mirada de nuevo al medallón—. Los nueve peldaños están representando las nueve operaciones

alquímicas necesarias para obtener la mítica piedra filosofal. La sustancia capaz de convertir cualquier metal en oro.

—La escalera indica que son nueve pasos, pero no explica cuáles son, ¿no?

—No hace ninguna falta: está todo escrito en la piedra. Lo que pasa es que aún no estás preparado para leerlo.

Al oír esto último levanto una ceja. Y creo que mi improvisado amigo ha debido de percibir mi escepticismo, porque rápidamente se dispone a argumentar su tesis.

—Escúchame —prosigue—. Una catedral es como una gran enciclopedia. En sus piedras se encuentran recogidos todos los conocimientos de su época. Fíjate por ejemplo en esta fachada; ¿ves todos esos medallones? —dice señalando las dos hileras de bajorrelieves que se extienden a ambos lados del pórtico central—. Pues lo que tienes ahí es nada más y nada menos que un completo manual de instrucciones para obtener la piedra filosofal.

—¿Como una receta de cocina?

—Sí, pero con una gran diferencia —dice arrugando la nariz—. La receta la puede leer cualquiera, mientras que los símbolos de estos medallones sólo significarán algo para quien sepa leerlos. El resto de los mortales pensarán como todos estos turistas, que son simples adornos.



El autor, frente a la enigmática fachada de la catedral de Notre-Dame de París.